

*LA PASION DE MICHEL FOUCAULT\**

Autor de importantes tratados a propósito de la locura, la sexualidad y el discurso, Michel Foucault creó todo un sistema de pensamiento. Dentro de la filosofía contemporánea. En *La arqueología del saber*, *Las palabras y las cosas*, *El orden del discurso*, *Historia de la locura en la época clásica*, el escritor vulnera lo establecido para, con innovadores enfoques y planteamientos, erigirse como uno de los más lúcidos intelectuales de la modernidad.

Como un reconocimiento a los aportes hechos por el filósofo francés —desaparecido en julio de 1984— la *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales* presenta ahora el artículo con que Jean Daniel, periodista de *Le Nouvel Observateur*, comentó la muerte de Michel Foucault.

“Mi sueño es el intelectual destructor de evidencias y verdades universales”.

En Túnez, durante los años sesenta, cualquier paseante errabundo por las callejuelas de Sidi-Bou-Said, situadas en la parte alta de la ciudad, podía toparse con un hombre semejante a un delicado samurai, de apariencia hierática, con cejas albinas, atractivo, ligeramente sulfuroso y, cuya ávida y afable curiosidad intrigaba a todos.

Se trataba de Michel Foucault radicado en Túnez y quien se desempeñaba como profesor. En aquellos días él se aplicaba a la tarea de escribir *La arqueología del saber*: en los cenáculos parisinos su autoridad se había impuesto

\* Publicado en *Le Nouvel Observateur*. No. 1025, del 29 de junio al 5 de julio de 1984, pp. 20-21.

después de publicarse su libro *Las palabras y las cosas*. Por su parte, Maurice Clavel estaba convencido que Foucault era, al menos, tan importante como Kant.

Sin embargo, en esa pequeña ciudad tunecina donde nuestro autor era feliz, se le conocía únicamente por su costumbre de trabajar desde el amanecer contemplando la bahía detrás los grandes ventanales de sus cabaña, y por su placer a amar y vivir a pleno sol.

En cada uno de mis viajes, iba a buscarlo para emprender una caminata que él amaba prolongada, rápida y vigorosa. Me conducía después hacia una estancia conservada cuidadosamente fresca y en penumbra; al final de ésta, se levantaba una especie de gran banca construida con ladrillos sobre la cual, él colocaba un edredón sirviéndole de cama, edredón que Foucault, a la usanza de árabes y japoneses, plegaba durante el día.

En la penumbra de esa pieza, su cráneo de bonzo, su conocida sonrisa de mandarín dividía literalmente su rostro, su mirada rasante, pese a sus impulsos de ternura, su actitud amable y ceremoniosa, todo en su persona, en aquella época, me sugería una lucha interna entre la acentuada tentación de voluptuosidad y una voluntad evidente de canalizar esta tentación transformándola en método ascético o en ejercicio conceptual. Es así, que más tarde no sería yo de aquellos sorprendidos por su deseo de hacer, en suma, la filosofía de las diferentes historias de la sexualidad.

Algunas veces, mi visita coincidió con la presencia de Daniel Defert, su íntimo. Aprovechábamos entonces la ocasión para llegar hasta una playa que semejava una isla, las dunas aledañas nos protegían del mundo.

Este desierto imaginario recibía una luz ocre y lunar suscitando en Foucault el recuerdo de *La ribera de los sirtes*. La última vez que me encontré en compañía de ellos en aquel lugar, Foucault evocó a Julien Gracq y Gide, a quien su amigo Roland Barthes redescubría con placer.

En este ambiente Foucault parecía escapar de la filosofía, refugiándose en la literatura. Jamás logré adivinar si ese impulso era provocado por un sentimiento de falta de agradecimiento ante una naturaleza tan pródiga, o por temor de perder la gustosa complicidad de amigos no filósofos.

En París, la respuesta que obtuve de él sólo me convenció parcialmente. Al pretender conducirlo a lo que yo llamaba (según él impropriamente) su "filosofía", me señalaba que ahora toda filosofía se agotaba en lo político, siendo Merleau Ponty el filósofo que mejor había comprendido el problema; y que en el caso de que le fuera ofrecida una cátedra en la Universidad, la dedicaría a la política.

¿Dónde se encontraba —solía preguntarle— la política en sus investigaciones? Foucault respondía: un poco en todas, agregando que yo parecía ignorar el sentido verdadero del periodismo político: la felicidad intelectual de vivir *el presente*, la única realidad grandiosa. Como filósofo, ¿cómo era posible poseer interés en aquello que desaparece en el instante mismo de intentar conocerlo?

Y sobre todo, poseyendo la vivencia de un presente que se lleva consigo todo, ¿cómo elaborar una reflexión política sin poseer una formación como historiador o careciendo de un marco intelectual?

En opinión de Foucault, esas interrogantes nos situaban en el punto vital de la filosofía bajo la forma en que la concebía desde ese momento. Y si le confesaba mi extravío ante el surgimiento de un evento imposible de agotar en interpretaciones y mucho menos posible de encerrar en conceptos, respondíame que esto era debido al "miedo a las verdades universales", que era ello justamente lo que él me envidiaba. ¿Podemos ser filósofos o intelectuales, y renunciar a la explicación universal?

Las respuestas que obtuve de Foucault por escrito y de viva voz, están bien resumidas en una entrevista concedida a Bernard Henri-Levy, aparecida en las columnas de nues-

tra revista. He aquí un extracto de ella:

Antiguamente y durante un largo tiempo, el problema de la filosofía ha consistido en que:

En este mundo donde todo parece, ¿qué es aquello que permanece? ¿Qué somos, quiénes debemos morir, en relación a lo imperecedero? Ahora bien, después del Siglo XIX, no hemos cesado de aproximarnos a otro problema: ¿Qué es lo que sucede actualmente y transcurre? ¿Qué somos nosotros, nosotros, quienes posiblemente seamos únicamente aquello que actualmente sucede? La interrogante de la filosofía, es la pregunta acerca de este presente que es nosotros mismos. Es por ello que la filosofía en nuestros días es íntegramente política, totalmente histórica. Ella es la política inmanente a la historia; ella es la historia necesaria a la política.

Bajo esta concepción, ¿cómo es posible justificar cualquier opción, cualquier elección? Los periodistas, sean o no conscientes de ello, necesariamente son hegelianos en política y kantianos en moral; es decir, que sin emitir juicio alguno, ellos explican las relaciones de fuerza entre los estados, y en el acto de condenar o elogiar los comportamientos individuales, se refieren a juicios imperativos categóricos. En el ejercicio de nuestra profesión, nadie se ha preocupado por conciliar el sentido dado a la historia y los mandatos supremos "enviados por los dioses".

Sin embargo y sobre todo, Foucault, aparecía respaldando una publicación como la nuestra que aspira a una visión cultural de la política, al mismo tiempo que desprendía de su universalidad la ética y reducía la historia a las diversas historias. Al abordar este aspecto Foucault respondió así en el *Nouvel Observateur*.

Pienso que los intelectuales deben renunciar a su antigua función profética. Y a través de ello, no solamen-

te a su pretensión de anunciar los acontecimientos futuros, sino también, a la tarea de legislador a la cual han aspirado durante largos años; “escuchen lo que es necesario hacer. Observen lo que es bueno. Sígueme: en la agitación es donde se encontrarán a sí mismos, adviertan donde yo me encuentro el punto fijo”. El sabio griego, el profeta judío y el legislador romano, han sido siempre, modelos amados por quienes asumen la profesión de escribir y hablar. Es mi sueño el intelectual destructor de verdades y evidencias universales, aquél capaz de indicar e identificar en las inercias y limitantes del presente las partes débiles, las hendiduras, los trazos más relevantes; aquél capaz de desplazarse sin cesar, sin saber claramente donde se encontrará y lo que pensará mañana, pues él está muy atento al presente. . .

Convencido de lo anterior y reconociendo el gran valor de las ideas de Foucault, me interrogo sin embargo por el motivo de hacerlas explícitas. Ello explica muy bien su izquierdismo, su preferencia por la subversión de las ideas, en la forma que más tarde lo expresaría a Clavel: “algunos desearían unir los extremos. Clavel nos dice que a partir de hoy es necesario vivir en forma diferente al transcurso del tiempo”.

Empero, este periodismo dedicado al diagnóstico y transformado en historia del comportamiento, con el fin de construir la arqueología de la política, constituye un procedimiento que no toma en cuenta mi profesión periodística, ni tampoco los numerosos e intensos compromisos políticos de Foucault, quien siempre estuvo dispuesto a expresar sus opiniones y asumir los riesgos.

Tardé mucho tiempo para comprender la pasión de Foucault por el momento actual, y la forma en que la proyectaba en el periodismo político.

Existen opiniones más calificadas que la nuestra para

expresar el significado de la desaparición de Foucault. Por nuestra parte tuvimos la dicha de compartir su amistad, beneficiándonos de sus alertas y vigilantes consideraciones, de la exigencia en ocasiones cruel de su opinión, de la amplia y vasta fuerza insólita de su inteligencia. Ningún filósofo posterior a Bergson se ha preocupado por escribir con elegancia; el lenguaje de Foucault era esplendoroso pero, sobre todo, su conversación poseía un don peligroso y encantador: despertaba en su interlocutor la completa ilusión de intensificar su inteligencia.

Raymond Aron intimidaba con su magna capacidad de discernimiento, por sus dones para clasificar, juzgar y concluir; su superioridad excluía. Foucault invitaba a seguirle en su desconcertante búsqueda; junto a su persona, el lector diferenciaba, disociaba, demolía para navegar en ríos desconocidos y límpidos cuyo curso no se detiene jamás.

Raymond Aron nos tranquilizaba, Foucault nos impulsaba y enriquecía. Nuestra mayor privación será su constante espera. Estamos plenamente satisfechos que un hombre tan admirado por nosotros haya esperado, durante tantos años y tan constantemente, algo de nuestra parte. Es por ello que esa demostración de amistad y exigencia, ya nos hace dolorosamente falta.

Jean Daniel

Traducción de Francisco González Ayerdi

*PABLO GONZALEZ CASANOVA,  
PREMIO NACIONAL 1984*

Establecido en 1975 por decreto presidencial, el Premio Nacional en Historia, Ciencias Sociales y Filosofía tiene